

No nos corresponde a nosotros enjuiciar las faltas militares de los jefes de la dictadura, pero es evidente que el Teniente Coronel Sánchez Mosquera [Mosquera] incurrió en graves errores tácticos que no señalamos, porque nos interesa que no se rectifiquen y actuó con evidente falta de pundonor militar al enviar como Conejillo de Indias un batallón por un camino que no había explorado sin advertirle, que días antes sus fuerzas habían hecho contacto con los rebeldes en ese trayecto, dejando luego [a] los soldados abandonados a su suerte.

Aquí cabría preguntarse qué motivo pudo animar al jefe del Batallón 11 a actuar de esa manera. El hecho cierto es que el Batallón 22 prosiguió la marcha río arriba poco después de llegar a Santo Domingo, y lo hizo sin tomar las mínimas precauciones que cabría esperar en circunstancias como esas. Sánchez Mosquera era un tipo ambicioso y extraño que se creía superior a los demás jefes; había ascendido dos grados en un año. Guardaba un gran odio por el golpe asestado a su pelotón de paracaidistas en enero de 1957.

El resultado fue que, poco después de las 2:00 de la tarde, la vanguardia de esta tropa chocó con la emboscada de Lalo Sardiñas en Pueblo Nuevo. El Combate de Pueblo Nuevo marcó el inicio de lo que entonces denominamos la primera Batalla de Santo Domingo, pero señaló también el comienzo de la contención de la ofensiva enemiga. De hecho, se abría una segunda etapa en el rechazo de este último gran intento del Ejército de la tiranía por ganar la pelea contra las fuerzas rebeldes en la Sierra Maestra. En la primera de estas etapas, como es conocido, la iniciativa estuvo casi completamente en manos del enemigo, desde el 25 de mayo, fecha en que se iniciaron sus movimientos de penetración en nuestro territorio por Las Mercedes y la zona de Minas de Bueycito, y a lo largo de casi todo el mes de junio, con la ocupación sucesiva de las Vegas de Jibacoa y de San Lorenzo en el sector noroccidental, Santo Domingo en el sector nororiental y Jigüe en el sector meridional del frente de batalla. A partir de Pueblo Nuevo, el 28 de junio, el enemigo sería rechazado cada vez que intentara avanzar en mayor profundidad, con las únicas excepciones de la ocupación momentánea de Meriño a principios de julio y de Minas de Frío a mediados de ese mismo mes, o sería inmovilizado en las posiciones ya alcanzadas. De ahí el término utilizado de "etapa de contención de la ofensiva". Esta etapa se prolongará hasta el 11 de julio y culminará con el inicio de la Batalla de Jigüe, que conducirá a la derrota y captura del Batallón 18. A partir de ese momento se desatará la contraofensiva incontenible de nuestras fuerzas hasta la retirada total y definitiva del enemigo de toda la montaña.

Con una efectiva combinación de fuego y el efecto demoledor de la mina colocada en el camino, estallada en el momento preciso, la vanguardia del Batallón 22 fue completamente destruida desde los primeros momentos, y el resto del personal enemigo quedó fijo en los lugares ocupados al inicio de la acción, casi todos en el cauce y las márgenes del río. Allí, a pesar de los morteros contra las líneas rebeldes, los guardias quedaron encerrados en un anillo de fuego que muy pronto comenzó a provocar bajas cuantiosas entre ellos.

La escuadra rebelde de Zenén Meriño que cuidaba un trillo hacia el alto de El Naranjo atacó la primera compañía del Batallón 22, cercada por el pelotón de Lalo.

Mientras, los hombres de este —reforzados después del inicio del combate por el pelotón de Andrés Cuevas— iban diezmado al enemigo y estrechando cada vez más el cerco.

Un refuerzo de la tercera compañía del Batallón 22, por el camino más directo hacia el puesto de mando, chocó a boca de jarro con la ametralladora 50 de Curuneaux y la fusilería de la escuadra rebelde que la acompañaba. Hizo dos intentos por avanzar en mayor profundidad, el segundo de ellos con apoyo de un refuerzo del Batallón 11 de Mosquera. Ya a la altura de las 6:30 de la tarde, Huber Matos me informaba del rechazo de estas maniobras, y más tarde empecé a recibir

las primeras noticias de la magnitud del desastre sufrido por el enemigo.

A la caída de la noche, la situación era desesperada para el mando del Batallón 22, una de sus compañías —la N— había sido parcialmente aniquilada, y el resto de su tropa permanecía atrapada, otra había sufrido muchas bajas y se dispersó, y la tercera fue rechazada hacia Santo Domingo, desde donde no volvió a realizar intento alguno de acudir de nuevo en apoyo de sus compañeros. El experimentado Batallón 11, por su parte, tampoco se movió, salvo el pequeño refuerzo que envió a la tercera compañía del 22.

Durante la noche del 28 de junio, los hombres de Lalo se dedicaron a recopilar todas las armas de los muertos enemigos o abandonadas por los que habían huido.

En esta primera requisita se ocuparon más de 30 fusiles, una ametralladora calibre 30, un mortero de 60 milímetros, abundante parque para todas estas armas y alrededor de 60 mochilas. Se contaron esa noche 11 guardias muertos y se capturaron dos prisioneros. A la mañana siguiente, ya el conteo ascendía a unos 20 muertos, 23 prisioneros y más de 50 armas, casi todas semiautomáticas.

El resultado de esta primera jornada, durante la que se combatió fuertemente a lo largo de más de cinco horas, fue tan espectacular que nos hizo llegar a la conclusión de que era factible, no solo precipitar los planes de cerco que habíamos elaborado, sino considerar, incluso, la posibilidad de lanzar un asalto en toda regla contra la fuerza enemiga establecida en Santo Domingo.

En las primeras horas de la noche comencé, por tanto, a dictar las órdenes pertinentes para ocupar las posiciones, tanto en torno a Santo Domingo, como en el punto indicado para contener cualquier posible refuerzo que viniera desde Providencia por el río, ese sitio era sin discusión a la altura de Casa de Piedra.

La otra única vía para un posible refuerzo era la del Sur, con los efectivos del batallón acampado en Jigüe. Pero en esa dirección, para impedirlo, estaba Ramón Paz posicionado en El Naranjal. En mensaje que le envié a este capitán rebelde, responsable días antes de haber conjurado el peligro que planteó momentáneamente la entrada de Quevedo por La Caridad, le informé:

Esta noche he tomado todas las disposiciones para cortar la retirada a esa tropa [la de Santo Domingo] y tratar de batirla totalmente aprovechando el momento más oportuno. Las próximas 24 horas, a partir de mañana al amanecer, van a ser de intensa y decisiva lucha. Tengo la seguridad de que si el combate se desarrolla mañana por Santo Domingo en la forma planeada, la tropa enemiga de Jigüe hará lo posible por avanzar hacia acá y esa será tu oportunidad.

Te envío estas noticias para que estés alerta.

Camilo había llegado finalmente con sus hombres a La Plata esa misma tarde, y ya de noche, tras apenas un par de horas de descanso, siguió rumbo a Casa de Piedra en una dura caminata. Llevaba instrucciones de que la emboscada contra el refuerzo tenía que estar dispuesta al amanecer, y fueron cumplidas. Con el apoyo del personal de Félix Duque, al que moví también hacia Casa de Piedra, la trampa contra el refuerzo quedó montada a tiempo y con toda eficacia.

En cuanto a la tropa principal cercada en Santo Domingo, también esa noche envié instrucciones a Ramiro para que acelerara el traslado hacia el alto de El Cacao del personal de la columna de Almeida que había recibido instrucciones de moverse hacia esa zona, y ordené a Guillermo ocupar posiciones en La Manteca, lo más cerca posible de los guardias. De esta forma podía quedar cerrado por el Sur el anillo rebelde en torno al campamento del Batallón 11. Por el Norte, es decir, por los estribos del firme de la Maestra, se mantendrían los grupos rebeldes, y serían reforzados por el personal de reserva de René Ramos Latour. Parte de estos grupos debía cubrir las posiciones dejadas por Duque en el estribo de Gamboa.

Lalo y Cuevas, por su parte, seguirían en sus posiciones en Pueblo Nuevo, donde seguramente tendrían que combatir al día siguiente contra

los restos del Batallón 22 que aún permanecían en el río. Cuando fueran venciendo la resistencia de los guardias, debían avanzar en dirección a Santo Domingo. Del otro lado, es decir, aguas abajo por la zona de Leoncito, por ahora no disponíamos de ningún personal para destinar a ese lugar, pero no era este un problema que me preocupara demasiado: si la tropa enemiga atacada en Santo Domingo optaba por intentar una retirada por el río, su marcha podría ser interceptada con relativa facilidad por alguno de los grupos rebeldes que atacarían desde cualquiera de las dos laderas y, en última instancia, estaba en Casa de Piedra la emboscada de Camilo, a quien le advertí de esta contingencia para que estuviera preparado a virar sus posiciones si fuera necesario.

En esta dirección contábamos con la escuadra de Eddy Suñol en El Toro, destinada en un primer momento precisamente a la posición de Leoncito, pero, como se recordará, este personal había debido permanecer donde estaba para actuar en caso de que la tropa enemiga recién llegada el día anterior a Taita José intentase continuar su penetración. Estos guardias, sin embargo, emprendieron el propio día 29 el regreso a las Vegas, con lo cual el peligro en esta zona quedó conjurado. Pero la información llegó demasiado tarde, y los hombres de Suñol no participaron por esa razón en el combate contra la tropa de Santo Domingo esa segunda noche.

En la mañana del domingo 29 de junio, al día siguiente del primer choque en Pueblo Nuevo, se reanudó el combate en ese lugar. El personal al mando de Lalo Sardiñas comenzó a realizar una limpieza de toda la zona por donde se habían dispersado los guardias el día anterior, y a media mañana recibieron con una lluvia de fuego a la compañía enviada por Sánchez Mosquera desde Santo Domingo para tratar de rescatar los restos del diezmado Batallón 22. El jefe enemigo intentó nuevamente avanzar por las faldas del alto de El Naranjo, pero sin mucha decisión.

Fortalecido por las armas y el parque capturado durante la noche, y por la euforia del triunfo aplastante alcanzado el día anterior, la fuerza rebelde combatió ese día de nuevo con energía y efectividad. Alrededor del mediodía el enemigo fue rechazado otra vez hacia Santo Domingo.

El balance de los resultados de estos dos combates, realizado en días sucesivos e informado por Radio Rebelde el 30 de junio, fue el siguiente: 26 guardias muertos, 27 prisioneros, un mortero calibre 60 con bastante parque, un fusil ametralladora con 10 cajas de cintas, 38 fusiles semiautomáticos Garand, siete carabinas San Cristóbal, cinco carabinas M-1, tres fusiles Springfield, dos subametralladoras Thompson; es decir, 57 armas en total.

Se ocuparon, además, alrededor de 15 000 balas, 60 mochilas completas, uniformes y botas adicionales, siete casas de campaña, cananas, cantimploras, alimentos en conserva y un equipo de comunicación por microonda. Había sido un verdadero desastre para el Ejército enemigo, sufrido por una de sus agrupaciones de campaña mejor equipadas, como se observa por la calidad del armamento ocupado.

Pero ese mismo domingo 29 de junio, el enemigo recibió otro fuerte golpe, al chocar un pelotón enviado por Sánchez Mosquera en busca de suministros con la emboscada de Camilo y Duque en Casa de Piedra. Ocurrió un combate violento que comenzó poco después del mediodía, como resultado del cual murieron ocho guardias, se capturaron tres prisioneros —dos de ellos heridos, quienes fallecieron posteriormente—, y se ocuparon un fusil ametralladora Browning, dos Garand, tres San Cristóbal, una carabina M-1, tres fusiles Springfield y unas 3 000 balas. Según el parte que me envió Camilo esa tarde, los guardias que lograron escapar de regreso a Santo Domingo llevaban consigo no menos de 10 heridos más.

En este primer Combate de Casa de Piedra sufrimos una baja en nuestras filas: Wilfredo Lara, conocido por *Gustavo*, quien murió combatiendo en el firme de Casa de Piedra, en el lugar donde el enemigo hizo el principal esfuerzo por escapar de la emboscada.

Concluido el combate, Camilo comenzó a moverse río arriba para cumplir las instrucciones